

MARÍA DOLORES DE ASÍS GARROTE

ELEMENTOS HUMANÍSTICOS EN LA OBRA DE PIERRE-HENRI SIMON

Pierre-Henri Simon en los humanismos contemporáneos

¿En qué sentido se puede hablar de elementos humanísticos en la literatura del siglo XX? Tomamos el término humanismo en la acepción utilizada en el siglo XIX. Si la cultura es, en principio, cuestión de la inteligencia, el humanismo es cuestión del espíritu y puede entenderse como doctrina filosófica que indica el sentido de la cultura.

Para Giovanni Gentile¹ el ideal de la «humanitas» contemporánea no es la antigua Grecia, dominada por el intelectualismo naturalista, sino lo que de la antigua Grecia ha pasado a la cultura de Occidente a través del humanismo italiano del Quattrocento.

El siglo XX se abre con una gran proliferación y resurgir de humanismos, y su discusión tuvo en Francia, desde principios de siglo, escritores excepcionales. El humanismo personalista de E. Mounier, desde su concepto de persona, comporta todo un horizonte ético y una devoción por los valores. Significa un esfuerzo por conciliar los valores humanistas tradicionales y el historicismo, modificando el concepto de historicismo. A. J. Maritain debemos la precisión sobre qué es el humanismo integral. Una de sus características esenciales en el siglo XX es el hecho de ser portador de grandes ideales civiles: la dignidad humana, la libertad, la justicia, la solidaridad.

Pierre-Henri Simon se sitúa en esta corriente. «Humanismo» no es solo una palabra que acude con frecuencia a la pluma de Simon sino que es el fundamento mismo sobre el que se asienta toda su obra y el conjunto de valores esenciales a los que siempre se refiere para comentar la obra de otros. Entiende por «...humanismo una actitud de pensamiento que comporta dos afirmaciones: existe una naturaleza humana y lo humano se caracteriza por la vida del espíritu»². Nuestro autor tiene en cuenta que el término «espíritu» se justifica de manera diferente por unos y por otros, pero en todo caso, todos tienen una idea del hombre que trasciende la historia. El humanismo integral de Simon «no ignora ni el cuerpo ni el espíritu, ni lo económico ni lo espiritual, ni los hechos ni los valores, ni lo histórico ni lo eterno»³. Queda por definir el término «espíritu». Nuestro autor lo expresa en la unión de «inteligencia y amor».

Entre las dos actitudes extremas de la crisis del humanismo contemporáneo, la desesperanza de los existencialismos y el optimismo sin fundamento de los utópicos, Simon se sitúa

¹ Rigobello, A., *L'itinerario speculativo dell'umanesimo contemporaneo*, «Quaderni dell'Istituto di Pedagogia», Padova, Liviana Editrice, 1958.

² *L'homme en procès*. Neuchâtel, La Baconnière, 1950, pág. 7.

³ *Ce que je crois*, París, Grasset, 1966, pág. 61.

en la síntesis de un sano realismo, que se formularía así: el espíritu existe y es «inteligencia y amor», si nuestra historia reciente ofrece un amplio panorama de fracasos, estos son fallos de los hombres no del espíritu. Mounier habla de «optimismo trágico», Simon prefiere llamarlo «humanismo sin ilusión»; y lo define como «...una fe fundamental en la dignidad del hombre, en el valor de su vida y en lo que le da sentido, bondad, felicidad, unido a la sabiduría y a la justicia, pero también la convicción de que todo esto hay que conquistarlo en una tierra de absurdo, de locura, de sufrimiento»⁴.

La certeza más profunda de Simon, afirmada en toda su obra con una insistencia como para ver en ella la idea madre que ha inspirado y sostenido todo su quehacer es que «la felicidad de los individuos y de las sociedades, la salud de nuestra civilización y la supervivencia de la especie tienen por condición el reconocimiento del primado del espíritu», entendido éste como «...el esfuerzo del ser total hacia la consciencia y el amor, la adhesión de la inteligencia a los valores, que son más importantes que los hechos, puesto que los hechos no tienen sentido si no es con referencia a los valores»⁵.

La literatura como expresión de humanismo

Si el humanismo, en cuanto doctrina, implica una doble e indisoluble fidelidad a la historia y al espíritu Pierre-Henri Simon encuentra perfectamente lógico que la literatura del siglo XX sea una de las expresiones posibles del humanismo, que busque la verdad del hombre, que le dibuje tal cual es, sin olvidar el deber ser; que al describir la fragilidad y el sufrimiento de su condición muestre al tiempo su grandeza. Expresar la existencia sin deformarla, pero esclarecerla a través de los elementos que le dan un sentido, encontrar lo universal a través de lo particular o singular es para Pierre-Henri Simon lo propio de la literatura.

La obra literaria y más particularmente la obra de ficción se alimenta de la vida, pero la recrea, y sobrepasa la realidad para mejor acabarla. Situada más allá de la comunicación estrictamente utilitaria y de la información pura es voz humana que dialoga con los hombres y encuentra en ellos lo que tienen de más personal. Gratuita, sin embargo, no es inútil, porque se sitúa en el punto de partida de una experiencia de la condición humana apasionadamente vivida, que llama a un esclarecimiento del hombre en este proceso perfectamente abierto y nunca definitivamente cerrado.

La literatura es expresión de humanismo en cuanto que enseña «a gozar más de nuestro ser, a ver mejor el mundo y a dialogar mejor con los otros»⁶.

Para los que como Pierre-Henri Simon entienden la literatura como manifestación de lo humano la estética sola no basta. Es necesario llegar al «gran arte» donde se dan dos elementos indisolubles: la materia de la obra y la forma de expresarla. Un tema bello no construye él solo un libro de calidad, pero no todos los temas son equivalentes. «Quisiera —ha escrito— que la literatura fuera siempre un método para triunfar de la angustia limitándola, penetrando caminos para salir hacia la alegría, y haciendo con las palabras una música de encantamiento», la obra de arte es para Simon, «el vuelo hacia la verdad, el amor y la belleza», por ello no es extraño que llegue a afirmar que «...las únicas obras literarias que cuentan y que permanecen son aquellas en las que el hombre se compromete con su consciencia»⁷.

Este ensayista, crítico y novelista francés distingue tres órdenes de grandeza en la obra literaria, el de la perfección, el de la originalidad y el del valor espiritual. Para él no existen un gran novelista ni una gran obra literaria, si no se sitúan en la intersección del plano de la existencia con el plano de los valores. Sin referencia a un absoluto no hay poesía y tampoco nada trágico. Es preciso mantener constantemente la tensión entre el absoluto y la li-

⁴ *Diagnostic des lettres françaises contemporaines*, Bruselas, Renaissance du Livre, 1966, pág. 99.

⁵ *Ce que je crois*, pág. 219.

⁶ *Qu'est-ce que la littérature*, Friburgo, Librairie Antoine Dousse, 1963, pág. 40.

⁷ *Ce que je crois*, pág. 181.

bertad del hombre, entre el espíritu y la historia. Por ello Pierre-Henri Simon entiende el «estilo del escritor» como el instrumento empleado por éste para expresar la verdad humana. «Tener un estilo» según Simon es fundamentalmente tener una manera de mirar las cosas y la vida, un modo de sentir, de actuar, de ser ante el mundo y de encontrar un lenguaje personal para expresarlo. Para él el estilo es algo más que un lenguaje personal, y más que las cualidades formales de la escritura: «la cualidad del estilo es inseparable de la cualidad del pensamiento»⁸. Afirmación, esta última controvertida que ha sido discutida por sus contemporáneos.

En esta presentación global de los elementos humanísticos de la obra de Pierre-Henri Simon hemos de referirnos brevemente a los que existen en su labor de crítico literario.

Partiendo de la base de que todo crítico es en primer lugar un lector, Simon examina tres formas de leer una obra literaria:

— la primera consiste en buscar en la lectura una evasión;

— la segunda se refiere ante todo a su belleza formal, musicalidad, ritmo, imágenes;

— la tercera, a su juicio la más exigente y la que se justifica en época de crisis cuando los valores se ponen en cuestión, es aquella que pide a las obras una respuesta a las cuestiones fundamentales: qué es el hombre y cuál es el sentido de su vida. Por ello son significativos los títulos de sus ensayos, *L'homme en procès*⁹, *Procès du héros*¹⁰, *Temoins de l'homme*¹¹, *L'Esprit et l'Histoire*¹², *Théâtre et destin*¹³. En esta última obra ha dejado escrito lo que él pide a la crítica y su modo de ejercerla: «... yo pregunto a las obras literarias qué quieren enseñarnos sobre el hombre, sobre el mundo, sobre nosotros mismos, sobre la conciencia que tiene una sociedad en un momento dado de sus problemas, de sus inquietudes, de su fe, de su esperanza. Repito que se puede elegir otro ángulo de observación, más estético y más técnico si se pretende caracterizar los estilos o se pretende distinguir los temas; más profundamente psicológico si se quiere arrancar secretos al inconsciente creador; o más metafísico si se pregunta a la obra de arte por su relación con una idea del tiempo o con una visión del mundo o con un simbolismo de la naturaleza. Que se me conceda solamente que, justificable en sí, la crítica de significación es aún algo más aplicada a la literatura de hoy»¹⁴.

No quiere que se juzgue su método como más inclinado a las ideas que a las formas, sino que precisa su intención de apartarse de la crítica exclusivamente formal, pero igualmente de la crítica conceptual pura, esforzándose por integrar los dos puntos de vista parciales en una síntesis. Se accede al sentido de una obra prestando atención al lenguaje, este lenguaje sin el cual no hay diálogo posible entre escritor y lector. Pero una vez que se ha desvelado el sentido, la escala de valores en relación a la que ejerce su juicio es esta del humanismo integral, la significación moral y espiritual.

Vamos a referirnos al humanismo de Simon deteniéndonos en dos obras representativas: el ensayo *Ce que je crois*, París, Grasset, 1966 y la novela *La Sagesse du Soir*, París, Seuil, 1971.

Función de la literatura en el mundo contemporáneo

El cuarto capítulo del ensayo *Ce que je crois* se refiere a la literatura. Parte del reconocimiento de que el avance del progreso humano consiste en el avance de los valores del espíritu; por ello la literatura tiene un papel excepcional al expresar los frutos del pensamiento y de la conciencia mediante la claridad de la palabra. «Mis momentos más hermosos —escri-

⁸ *Qu'est-ce que la littérature*, pág. 16.

⁹ Ob. cit.

¹⁰ París, Editions du Seuil, 1950.

¹¹ París, Armand Colin, 1951.

¹² París, Armand Colin, 1954.

¹³ París, Armand Colin, 1959.

¹⁴ Ob. cit., pág. 8.

be— se los debo al encuentro con la belleza verbal, que nunca la he separado del esplendor de las ideas verdaderas¹⁵.»

Sin embargo, avisa de que hay que huir del riesgo de convertir a la literatura en una religión o de hacer del libro o la página escrita un ídolo. Como todo lo humano encierra en sí una ambigüedad, que se manifiesta de modo particular en nuestro tiempo. «Sé —escribe—, que este bello río donde la aventura humana se concentra en reflejos matizados e intensos y no en colores simples, no trasparenta sólo aspectos límpidos o deseos sublimes, sino todo lo que es la realidad, mezcla de bien y mal, de ternura y ferocidad, de alegría y desesperanza. Lo he visto en mí y lo veo en los otros. La literatura puede volverse contra el hombre. Y quizá nunca lo haya hecho tanto como hoy¹⁶.»

Al referirse al mundo de los hombres de letras no escatima reproches a la futilidad, y al comercio de alabanzas y de dinero que invaden los ambientes literarios, para situarse al lado de aquellos escritores que respetan la palabra, las ideas y en definitiva al hombre.

La creación literaria para Simon es algo más, lo repite de nuevo, que belleza formal. No estamos en tiempos de evasión. Cuando mira hacia atrás y considera cuáles son las obras literarias que han sobrevivido a través de los tiempos, encuentra que sólo aquellas donde un hombre —el escritor— ha comprometido su conciencia. Y al citar el compromiso humano no puede pasar por alto el determinar cuál sea el sentido del mismo. No olvidemos que escribe en un momento y en un país en los que aún no se había apagado la polémica que suscitó la obra de Sartre *¿Qué es la literatura?* Simon tercia en ella para matizar a qué compromiso se refiere y criticar a aquellos de sus contemporáneos en los que pesa de modo excesivo la carga ideológica o doctrinaria cuando navegan por los mares de la historia, en lugar de buscar en los astros la ruta hacia nuevos continentes¹⁷.

Continúa argumentando que en las grandes obras existe siempre el testimonio sincero de un hombre comprometido en una búsqueda, la toma de conciencia de una situación, generalmente histórica en el punto de partida, pero que desemboca en una dimensión metafísica, ya que las relaciones del mundo interior o de la vida moral y social se orientan hacia algún absoluto.

Después de hacerse eco de los riesgos que corre el escritor en relación con su público, cuando adopta una perspectiva respecto a qué sea para él la obra literaria y de referirse con mirada escéptica a ese anhelo de querer perpetuarse en la memoria de los hombres, concluye que no es la desesperación o la nada su clima personal, porque siempre ha sentido la necesidad de agarrarse a algo positivo, a algo sólido. Ante el agujero negro, sin fondo, en el que ve caer los libros y las ideas en la contemporaneidad, entiende que el escritor siempre puede esperar una permanencia discreta. «El grano arrojado al viento —escribe— germinará en alguien para enriquecerle, para ayudarle a vivir mejor.»

Esta función que a la literatura le atribuye del «bien vivir» nos remite a uno de los ideales de nuestros humanistas del siglo XVI. Hernán Núñez, el Comendador Griego escribía en el prólogo de su libro *La historia Bobemia de Eneas Silvio Piccolomini traducida en romance*¹⁸ cuál era la función de las letras y la cifraba también en «aprovechar para vivir mejor». Hernán Núñez partía del ideal renacentista de perfeccionamiento del individuo, recordando lo que en textos del XVI se repite hasta la saciedad que «lo principal que avemos de trabajar entre tanto que vivimos es conocernos a nosotros mismos»¹⁹ —el «nosce te ipsum» socrático—, al tiempo que reconocía la importancia de los poetas como cultivadores eximios del «verbum», siendo la palabra la «cúpula del hombre» y el hombre «la cúpula del universo», según la fórmula acuñada por Marsilio Ficino.

¹⁵ Ob. cit., pág. 179.

¹⁶ Ob. cit., pág. 180.

¹⁷ Ob. cit., pág. 182.

¹⁸ Sevilla en la imprenta de Juan Varela, 1509.

¹⁹ Ob. cit., fol. II; ver también María Dolores de Asís, *Hernán Núñez en la historia de los estudios clásicos*, Madrid, 1977, cap. «En busca de la fisonomía del Comendador», págs. 123-142.

La postura de Simon, situándose en el humanismo integral, le lleva a ver en la literatura un camino de conocimiento del tiempo histórico en el que vive. Por ello, y habla desde la perspectiva de lector y crítico, la actitud respecto a la literatura debe ser la de simpatía, por ser «la mejor gramática para descifrar el espíritu que nos envuelve y que en cierta medida nos conforma»²⁰.

Una vez fijada su actitud y tomando como punto de partida el clima de ruptura en el que viven las letras y las artes de la modernidad, y del ritmo acelerado de su evolución, se detiene en esbozar lo que hubiera querido que fuera su obra maestra, la interpretación de las corrientes fundamentales del pensamiento y de la literatura entonces vigentes. El examen, aunque breve, deja al descubierto los elementos clave de su humanismo.

Antes de referirse a las distintas corrientes expresa lo que constituye una característica común a todas ellas, la desconfianza respecto al espíritu, a la persona, y a la naturaleza. Así, los novelistas que exploran el *magma* del inconsciente o aquellos otros que sólo describen la apariencia de las cosas reflejan, a juicio de Simon, una idea del hombre desprovisto de su carácter moral y espiritual. Como si lo profundo del hombre, en el primer caso, fuera el caos y no la aspiración, el esfuerzo racional para salir de él, o como si lo superficial diera cuenta del hombre total en la escritura de la mirada.

En las tendencias fenomenológicas y existenciales de su momento, especialmente en la influencia de Sartre, ve que respondieron a una intuición exacta de aquella situación y a un sentimiento dramático de la condición humana —un mundo de tortura, de campos de concentración, de bomba atómica—, y realizaron aportaciones como limpiar las ilusiones optimistas y las ficciones interesadas de la conciencia burguesa, llevar a la conciencia marxista la desconfianza contra errores parecidos, restituir el sentido de lo contingente y de lo irracional, asumir la historia como algo trágico y no como proceso lógico, en resumen, considerar al hombre en su *situación*, coaccionado y formado por los determinismos de su mundo y de su historia.

Sin embargo, en sus discípulos —prosigue— todo desembocó en un no-conformismo agresivo, en un anarquismo estéril, en el vértigo metafísico de la nada. Subraya la falsa postura de aquellos que se consuelan con la creencia, a ojos de Simon absurda, de que el tirar por tierra en sus obras todas las convicciones es un signo de espíritu superior, como si la «vida, la alegría, la bondad, la justicia, la libertad —escribe— no valieran más que quien las niega, como si el arte, el amor, el coraje no pudieran embellecer aún la existencia»²¹.

Le parece grave que el propósito manifiesto de muchos novelistas sea mostrar al hombre inclinado sobre su vientre y su sexo, buscando en la droga el remedio a su aburrimiento. Aunque estas obras sean testimonio de un tiempo que ha traicionado la dignidad, sin embargo le parece grave que el testimonio se reduzca a exhibir las llagas.

Ante el reproche que a su vez a Simon puede hacerse de juzgar la literatura con criterios morales, responde en las últimas páginas del ensayo, que no está en contra de las aventuras de la inteligencia, sino en contra de las ofensas al espíritu. Si duda de la estéril inquietud de los que se preguntan sin ofrecer respuestas, de los que destrozan por placer, no es para alabar el conformismo ingenuo de los herederos sin problemas o de los conservadores con la manía de conservar. Recuerda a este propósito una cita de Faulkner leída en los *Carnets* de Camus que sintetiza la defensa del espíritu. «Para escribir —opina Faulkner— es necesario tener raíces en las grandes verdades primeras, y orientar la obra hacia una de ellas o a todas en general»²².

Pierre-Henri Simon es un convencido de que la felicidad de los individuos y de las so-

²⁰ *Ce que je crois*, pág. 188.

²¹ Ob. cit., pág. 203.

²² Ob. cit., págs. 211-212.

ciudades, la salud de la civilización y la supervivencia de la especie tienen por condición el primado reconocido del espíritu²³.

«*La Sagesse de Soir*», novela del humanismo sin ilusión

La cuestión central que se plantea en todas las novelas Pierre-Henri Simon es la de si la vida tiene sentido. El ingrediente trágico, el conflicto de su obra narrativa se concreta en la dialéctica entre la exigencia natural hacia la felicidad y las desgracias de nuestra condición. Este conflicto es lo que hace preguntarse a sus figuras de ficción por el sentido de la vida.

Todos ellos están sedientos de felicidad. Lo expresa Lorenzo en *El sonámbulo*, cuando exclama, «somos sed de felicidad absoluta»²⁴. Los caminos para acceder a ella son distintos. Hay una felicidad que es adhesión a la vida, expansión natural y sobre todo física. Hay otra que consiste en el goce del instante, en la búsqueda del placer. Y hay felicidad también en la fidelidad a un amor mantenido con sabiduría y equilibrio.

Frente a la exigencia de felicidad se alza la presencia de la desgracia, colectiva e individual. El hombre está amenazado por todas partes, la condición humana es trágica. Sin embargo, siempre hay alguna salida, porque existe algo más allá del muro.

La primera novela *Les Valentin* la escribe en 1931, cuando tiene veintiséis años, y hace pensar en Henry Bordeaux o René Bazin. Con todo ya había en ella un estilo personal, con huellas psicologistas y de amor a la naturaleza.

Desde esta fecha hasta *La Sagesse du Soir*, 1971, Simon publicó siete obras. *La Sagesse du Soir* es la tercera de la serie «Figures à Cordouan», que comenzó a escribir cercano a los sesenta años, al sentir la necesidad de levantar un mundo de ficción que tuviera a la vez amplitud y unidad.

Los tres tomos que abarca la serie son diferentes en cuanto a estructura y temas. En *El sonámbulo*, 1960, utiliza la técnica del diario para narrar una historia trágica de amor roto, de pasión y de muerte. En *Historia de una felicidad*, 1965, se vale de la novela río y amplía el tiempo novelístico a un espacio cronológico que va de 1934 a 1943. Narra la ascensión social y la felicidad conyugal de un hombre, con estatura de héroe, el abogado-alcalde Noël Dusseret, en torno al que se mueven numerosas personalidades y conflictos típicos de la región francesa en la que se sitúa la novela.

La acción de *La Sagesse du Soir* se reduce a dos meses de vacaciones, tiempo en el que viven, en la vieja casa de un director de liceo jubilado, sus cinco hijos y sus nietos. Los conflictos intelectuales y morales que surgen en estos dos meses de convivencia reflejan lo sucedido en los últimos veinticinco años, tiempo de revoluciones políticas y de crisis cultural.

A pesar de la diversidad de tonos, de temas y problemas que tiene la serie, las tres novelas siguen una línea común. Contra la tendencia de su tiempo de desplazar hacia el inconsciente el centro de gravedad de la persona y de remplazar el absoluto por el absurdo, estas novelas, que no ignoran el mundo tenebroso de fuerzas que condicionan las almas, buscan, sin embargo, la cima iluminada por el espíritu, que es razón y amor. La verdadera profundidad del hombre se muestra en estos relatos en el esfuerzo por superar los instintos biológicos y en las hazañas interiores realizadas por algunos de sus personajes para alcanzar una superación moral.

El humanismo de estas novelas, y en particular de *La Sagesse du Soir* es un «humanismo sin ilusión», pero sin traición. Se trata de hacer una apuesta razonable por el hombre y por los productos del genio humano, la cultura y la sociedad.

En el protagonista de *La Sagesse du Soir*, Arthur Emery, se concentra el significado y el simbolismo de la narración. El profesor jubilado, que discute con sus amigos los problemas

²³ Ob. cit., pág. 21.

²⁴ Pierre-Henri Simon, *Le Somnambule*, París, Le Seuil, 1960, pág. 188.

de la enseñanza de su tiempo o los de la economía o los de un existencialismo que aboca a la nada o reflexiona, en otros casos, sobre la conducta de su nieta Nathalie, encarna esa sabiduría de la tarde, expresión del «humanismo sin ilusión» del novelista.

Los dos meses de vacaciones ofrecen la ocasión a Emery de preguntarse por el sentido de su existencia y por el sentido de las cosas. Su sabiduría es la de la tarde, crepuscular, ambigua, por encontrarse al final de su existencia. Pero la palabra «tarde» subrayada en el título de la obra, es símbolo del crepúsculo de una civilización brillante y amenazada, la del momento de escritura de la novela.

En esta concreción histórica hay que situar el adjetivo con el que califica su «humanismo sin ilusión», pero eso sí un humanismo con un horizonte ético y una devoción por los valores.

MARÍA DOLORES DE ASÍS GARROTE